

Arturo Torres Rioseco

Ricardo Güiraldes

(1886-1927)



En 1926, los que tenemos fe en el presente y en el porvenir de la literatura hispanoamericana, quedamos regocijados y sorprendidos con la aparición de un nuevo libro argentino, *Don Segundo Sombra*. Regocijados porque hallamos en la obra ciertos elementos de grandeza duradera; sorprendidos por la técnica nueva y por la rareza aparente del estilo. La crítica argentina fué generosa con el autor; se multiplicaron los elogios, que pronto asumieron carácter de ditirambos; se comparó a Güiraldes con los grandes novelistas europeos; se dijo que era el creador de un nuevo género novelesco. Después su nombre traspasó las fronteras de su patria y fué conocido en toda la América de habla española; más tarde, en España, Francia y Estados Unidos. Se escribieron artículos en diferentes lenguas y *Don Segundo Sombra* paseó su figura silenciosa de gaucho por ciudades extranjeras que sus ojos no vieron. En medio de su triunfo murió Güiraldes. Hoy a los diez años de su muerte, algunos empiezan a negar sus méritos, muchos a olvidarle.

No fué tan grande como dijeron unos ni tan pequeño como quisieran otros. Su nombre quedará en la literatura de su patria y de su América, por su expresión individual y por sus nuevas

visiones. Pudo ser el gran novelista de su raza, pero no alcanzó a concretar su genio. Sin haberle conocido personalmente, sentimos por Güiraldes un gran afecto. Su amor sensual por la tierra argentina, su sinceridad de escritor, su virilidad, su nobleza y hasta sus silencios, conquistaron nuestra admiración y nuestro cariño.

El primer libro de Güiraldes, *Cuento de muerte y de sangre*, señala una tendencia mixta de motivos locales y técnica de vanguardia. Más que verdaderos cuentos son, como apunta su autor, «anécdotas oídas y escritas por cariño a las cosas nuestras». Sobre un episodio cualquiera, legendario o histórico, sobre una frase o una superstición, enhebra Güiraldes el hilo de su fantasía. En casi todas estas breves narraciones hay escaso material novelesco, pero la nueva visión del autor logra darles el interés que en sí no poseían.

Varias de estas anécdotas andaban hacía tiempo en boca de campesinos y puebleros y de haberlas oído no habrían fijado nuestra atención. A veces en dos palabras revela a un personaje, como en la anécdota de Facundo Quiroga. Llega al campamento del famoso general un mocito insolente y hablador. Cuenta al caudillo sus trampas en el juego y le desafía a una partida de monte. Quiroga pierde. Atemorizado el mozo por el prestigio de tremenda crueldad del general le ofrece el desquite, para dejarlo ganar. Cuando Facundo recobra lo perdido exclama:

—Bueno amigo, a recoger, y hasta mañana.

Balbucea excusas el muchacho. Vuelve a tomar el naipe el caudillo y dice:

—Si gana, ensille al amanecer, y no cruce más mi camino. Si pierde, ha de ser más de lo que Ud. cree.

Vuelve a ganar Quiroga y ante el terror mortal del joven, llama a un asistente y le ordena:

—Llévelo a dormir al mocito...
y que descanse mucho ¿no?

Güiraldes revela conocer el habla de la gente de campo argentina. Atrevidas metáforas aparecen de vez en cuando en sus páginas; su estilo es trabajado y personal, y su primera cualidad es su fuerza sintética, su afán de no escribir frases inútiles. Con todo, en este primer libro sólo un ojo muy zahorí podría descubrir al futuro autor de *Don Segundo Sombra*.

Algún crítico argentino ha querido ver en *Raucho*, la segunda obra en prosa de Güiraldes, cierto valor que el libro no tiene. *Raucho* es un joven argentino que pasa su infancia en una hacienda, va después a la escuela de la ciudad; hace vida bohemia en Buenos Aires, y más tarde en París. En la gran ciudad degenera hasta perder la razón. Vuelve luego a la pampa argentina y se reintegra a la vida sana del campo nativo. El tema ha llegado a ser lugar común en la novela de Hispanoamérica, y no ofrece ninguna novedad. El desarrollo psicológico tiene cierto interés pero no bastaría a dar a este relato un valor permanente. Por lo demás, es sólo un ensayo de novela, ya que los elementos autobiográficos están siempre presentes excluyendo la visión impersonal del conjunto novelesco.

Donde Güiraldes está bien es en los cuadros de costumbres que se refieren a su infancia y juventud. Tiene razón Havelock Ellis al observar: «Sin embargo, el poeta que en sus primeros años se ha abastecido del conocimiento minucioso de alguna rama del mundo externo y real, posee inmensos recursos de fuerza». (1).

(1) Yet that poet possesses immense resources of strength who in early life has stored within him the minute knowledge of some field of the actual external world. (Havelock Ellis, *The Dance of Life*, 1923, pág. 170).

Güiraldes es poeta; Güiraldes posee el gran tesoro de impresiones sensitivas del cual pudo sacar infinitos libros. Así como el Shakespeare—según observa Havelock Ellis—que escribió los poemas, con sus descripciones detalladas, no era un gran poeta sino que sólo estaba almacenando los materiales que usaría pródigamente al convertirse en gran poeta, Güiraldes elabora en estos primeros libros la substancia emotiva y real de *Don Segundo Sombra*.

Güiraldes no concede gran valor a la ficción sino que confía en el encanto de la remembranza. Ulises de un país de amplios horizontes, se lanza como Proust «A la Recherche du Temps Perdu». La pampa está toda en su memoria, y en ella se sumerge. Apartes, rodeos, esquilas, langostas, lluvias, ganados, árboles, pájaros, evocados con cariño y verdad, forman su caudal lírico. Cuando sale de ahí su estilo se anquilosa y al describir un ambiente extraño como París cae en la dorada superficialidad de un Gómez Carrillo.

Una vulgar cocina le da ocasión para describir con un placer sensual detalles que en otro escritor serían simplemente aburridos y que en él adquieren justeza y precisión admirables:

«Seguía la cocina de los peones, con gran fogón de campana bajo la cual podían asarse reses enteras, más una mesa acribillada de puntazos y tajos, flanqueada de largos bancos donde cabían treinta hombres. En un rincón, la leña lista a reventar contra las rodillas y sobre unas brasas, dejadas encendidas como por olvido, una «pava» costrosa de ollín, madre del mate, comadreando a los manotones intermitentes del fuego, con gargarismos de gorda remilgada» (1).

Los tipos campesinos viven en sus páginas vida intensa y real; van en él como elementos de su personalidad racial argen-

(1) *Raucha*, Ed. Calpe, pág. 20.

tina. Su manera de ser sin ellos sería distinta y por lo tanto diferente su modo de expresión, su estilo. El capataz Víctor Taboada, por ejemplo, tiene ya muchos de los componentes de don Segundo Sombra:

«Individuo sin lujos ni platerías, necesitando siempre un «soguerío» fuerte y durable, bastábase a sí mismo teniendo cuero a mano. Era prudente y callado; solía reír sin ruido, y, sabedor de las inseguridades en la vida, no avanzaba un juicio sin anteponer la duda» (1).

El paisaje de la pampa palpita en su emoción de siempre, va fijo detrás de sus retinas, y le imposibilita para sentir otra naturaleza, que ya no necesita, en su riqueza de colores, sonidos y formas:

«Raucho sentía la noche cercana y universal, la insignificancia del cuarto iluminado. Afuera: balidos lejanos, llamados de lechuzas de poste a poste, gritos rotos de teros, vigilancia de perros cuyos ladridos jalonan distancias en el desierto» (2).

Su fraseo es rítmico, pero sin la monotonía de ciertos escritores que como José Enrique Rodó pulen y trabajan hasta dejar el estilo como un velo ondulante. Güiraldes es desigual, tiene suavidades y asperezas, con esa irregularidad de un sendero entre colinas, no con la constante regularidad de las arenas de la playa. A veces halla expresiones plásticas y nuevas:

«Empezaba a oscurecer. Un chisporroteo de pájaros aleteaba, gorjeando entre las hojas».

«Puro y tierno, el flamenco se alzaba, como un regazo de

(1) *Raucho*, pág. 26.

(2) *Raucho*, pág. 15.

aurora, y se iba, tal mañanero pensamiento de la laguna tersa». Su horizonte es limitado; escasa su imaginación.

Raucha es el boceto de *Don Segundo Sombra*. *Los Cuentos* son un boceto de *Raucha*. La pampa es en ambas obras el medio ambiente, y los dos jóvenes—Güiraldes siempre—se transforman de hombres del campo en letrados que conocen a Lorraine, Maupassant, Verlaine y Baudelaire.

Quedarían por comentar *Rosaura*, cuento largo o novela corta, de estilo repentista, como conviene a la nueva sensibilidad; *Xamaica*, diario de viaje sentimental en que hay frases felices, imágenes claras, paisaje argentino, chileno, panameño; la isla de Xamaica está descrita en esta obra de una manera impresionista, por un poeta enamorado; y por fin *Seis relatos porteños*, selecciones sacadas de revistas y libros anteriores, con un prólogo admirable de Alfonso Reyes, en que el mexicano dice al argentino:

Llegaste cuando yo no estaba y yo vine cuando habías partido, y nuestra alianza queda encinta de todo lo que pudo haber sido. Tal vez te recogieron, como en tu cuento al Trensador, arrugando con crispada mano la carta en que te dije adiós.

Hoy, tus ecos juntando, te alzo una estatua de reflejos, y por la señal de tu planta te voy campeando desde lejos. Cada uno me habla de ti con un elogio diferente: puedo pensar que, sólo contigo, se me murió mucha gente.

Nunca se dió una amistad tan parecida a una idea: tanto despojo me conforta: acaso es mejor que así sea.

Ya eres una fotografía—y lo demás se desmorona. ¡Ojalá que tu alma tenga la esbeltez de tu persona!

Espérame: nos encontraremos en la posada vecina. Aquí te dejo estas palabras en el regazo de tu Adelina (1).

(1) Nombre de la viuda de Güiraldes.

* * *

Cuando Ortega y Gasset escribe en su interesante *Ensayo sobre la novela*: «no en la invención de «acciones», sino en la invención de almas interesantes, veo yo el mejor porvenir del género novelesco», anota una gran verdad. Porque ¿qué interés tendrá para un lector moderno que el joven X traicione a la señorita Z para casarse con su amiga predilecta y ser muerto por el novio de ésta, si el joven X es un don Juan vulgar, la señorita Z una boba, su amiga una lista y el novio sólo una mano que sabe disparar una pistola? ¿Y qué acciones podrá inventar un novelista moderno que ya no hayan sido aprovechadas por los que le han precedido? Las posibilidades de la acción son limitadas si se la considera como producto de conflictos humanos y si hay hoy escritor que se dedique a inventar lances que no estén psicológicamente justificados, tendrá que contentarse con una clase de lectores incultos y de espesa sensibilidad.

Ya estamos cansados de oír el vulgar comentario: esta obra tiene muy poca acción. Para la mayoría de los lectores acción significa ese movimiento que corre al melodrama, lances de capa y espada, duelos, batallas, robos, crímenes, violencias, raptos, engaños, agitadas escenas de amor, celos, odios, ingrata labor de que ha venido a descargar a la novela el cinematógrafo norteamericano. Hay que desconfiar de la novela cuyo valor primordial es la acción por cuanto ésta lleva consigo todos los defectos inherentes al género y muy raramente las altas cualidades en que descansan su presente y su futuro.

Es probable que haya tantas clases de novela como de lectores. Los adictos a los fantásticos y absurdos relatos de Dumas deben de hallar muy poco interés en una novela de la exactitud psicológica y la pericia técnica de *Le Rouge et le Noir*; quien considere *Les Misérables* de Hugo su novela predilecta difícilmente tendrá la paciencia necesaria para penetrar los complicados aná-

lisis de Proust. Excelentes críticos han afirmado que Zola carece de los atributos esenciales del buen escritor; hoy mismo la mejor crítica no está de acuerdo en la evaluación de novelistas como Gide y Joyce, sin mencionar al grueso público que siente horror por estos escritores. Toda crítica está determinada por ciertos factores permanentes y variables como son el temperamento, el gusto, la sensibilidad, la cultura, la moda imperante. Así como hay individuos que por carecer de estos tres primeros factores ni siquiera leen, hay otros que por exceso de cultura literaria y por estar sometidos al arbitrio de la moda, sólo buscan las obras más típicamente modernas, la expresión del momento artístico.

Creo que es deber elemental de todo crítico que respete su oficio, ya que esto depende sólo de su buena voluntad, el evitar la crítica de escuela. En los momentos presentes en que todas las artes atraviesan por un período de desorientación y de anarquía único en la historia, la sinceridad artística adquiere importancia especial y la ecuanimidad en los juicios vale tanto como un gran bagaje de erudición. No basta que una novela sea de Joyce para sublimarla o rechazarla, según el criterio del que juzga, sino que es necesario hacer el análisis de la misma, sin ideas apriori acerca de su mérito o su inferioridad. Con este criterio un tanto objetivo entramos al estudio de *Don Segundo Sombra*, la obra maestra de Güiraldes, escritor de vanguardia.

Un rápido resumen de su argumento facilitará al lector esa actitud receptiva indispensable para seguir un juicio crítico.

Cierto muchacho, cuyo nombre no aparece en el libro, vive en casa de sus tías, en un pueblo argentino, como en una prisión. Al comienzo de la novela nos dice lo que ha sido su existencia hasta el momento en que le conocemos. De tierna edad le separaron de su madre para llevarle a la escuela del pueblo. Tres años de colegio no pueden hacerle olvidar la estancia en que nació y cuando don Fabio Cáceres, su protector, le lleva a su hacienda, el muchacho se siente transformado. Las tías pierden el afecto

que le demostraron al principio y le dejan corretear por las calles cuando abandona la escuela. En el hotel, la cantina, la peluquería, adquiere el mocito fama de vivaracho y de locuaz, y se convierte en asiduo comentador de escándalos y en terror de borrachos. Una de sus pocas ocupaciones es la pesca. La tarde en que le conocemos, se dirige a la pulpería a vender unos cuantos bagres que acaba de pescar, y el atravesar el pueblo sucede algo que cambia radicalmente el curso de su vida: al cruzar una calle, su aparición espanta a un caballo cuyo jinete lo detiene y lo calma sólo con dos palabras: «Vamos, pingo; vamos, pingo». La figura del jinete deja una fuerte impresión en el espíritu fantaseador del muchacho:

«Inmóvil, miré alejarse, extrañamente agrandada contra el horizonte luminoso, aquella silueta de caballo y jinete. Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser; algo que me atraía con la fuerza de un remanso, cuya hondura sobre la corriente del río» (1).

El mozo siente el ansia de seguir a ese hombre, de irse con él por los caminos. Llega a la pulpería y está contando el suceso al pulpero cuando aparece en la puerta la silenciosa silueta de Don Segundo. Allí mismo demuestra don Segundo su valor y su serenidad al perdonar a cierto matón que le atacó traidoramente. El joven, ya dispuesto a unir su vida a la de quien es desde ese momento su héroe, se adelanta esa misma noche al camino que va a seguir don Segundo. Llega a una estancia y pide trabajo, y ante las burlas de los gauchos inicia sus labores de hombre. Llega don Segundo, y le encargan que dome unos cuantos potrillos, labor que desempeña con rara habilidad. Después de algunos días, Sombra y unos cuantos rescros tienen que conducir una tropilla a una hacienda distante; el muchacho consigue que

(1) *Don Segundo Sombra*, E. J. del «Ateneo», B. A. 1927, pág. 26.

le den permiso para acompañarle. Se inicia el arreo a la hora del alba:

«Todos me parecían más grandes, más robustos, y en sus ojos se adivinaban los caminos del mañana. De peones de estancia habían pasado a ser hombres de pampa. Tenían alma de reseros, que es tener alma de horizonte» (1).

El muchacho relata las incidencias del camino, las burlas de sus compañeros que le aconsejaban que se vuelva, y los mil sufrimientos del «más macho de los oficios».

Después de siete horas de viaje el muchacho se da cuenta de la seriedad de su experiencia:

«A las diez, el pellejo de la espalda me daba una sensación de efervescencia. El petizo tenía sudado el cogote. La tierra sonaba más fuerte bajo las pesuñas siempre livianas. A las once tenía hinchadas las manos y las venas. Los pies me parecían dormidos. Dolíanme el hombro y la cadera golpeados. Los novillos marchaban más pesadamente. El pulso me latía en las siencas de manera embrutecedora» (2).

Cuando el sol cae a plomo sobre la pampa, descansan. Siguen la marcha a las cuatro; cenan a la caída de la noche y continúan andando bajo el cielo estrellado. Muy tarde llegan a una feria, cerca de un pueblo. Al otro día cuesta trabajo despertar al mocito que casi no se puede mover del dolor de su cuerpo, pero a los pocos momentos y apadrinado por don Segundo amansa a un potrillo chúcaro que había comprado la víspera del viaje. Sigue la marcha bajo la lluvia; todos se mojan hasta los huesos, y el muchacho, tiritando de frío, piensa «que si fuera mujer lloraría desconsoladamente».

(1) *Ibid*, pág. 75.

(2) *Ibid*, pág. 92.

Cinco años más tarde se reanuda el relato. En todo este tiempo el chico inexperto se ha hecho gaucho con las enseñanzas de don Segundo:

«Cinco años de esos hacen de un chico un gaucho, cuando se ha tenido la suerte de vivirlos al lado de un hombre como el que yo llamaba mi padrino. El fué quien me guió pacientemente hacia todos los conocimientos de hombre de pampa. El me enseñó los saberes del resero, las artimañas del domador, el manejo del lazo y las bolcadoras, la difícil ciencia de formar un buen caballo para el aparte y las pechadas, el entablar una tropilla y hacerla parar a mano en el campo, hasta poder agarrar los animales dónde y cómo quisiera. Viéndolo me dice listo para la preparación de lonjas y tientos, con los que luego hacía mis bozales, riendas, cinchones, encimeras, así como para ingerir lazos y colocar argollas y presillas» (1).

Don Segundo Sombra, anárquico y solitario, no está quieto nunca. Sus pies devoran leguas de pampa. Su acción es el perpetuo andar; su conversación el soliloquio. Todas las estancias les han visto. No sólo le instruye don Segundo en las faenas físicas sino que también desarrolla la fantasía del muchacho narrándole cuentos de diablos y de brujas.

Paréntesis entre las largas caminatas son: un baile campesino, una riña de gallos, unas carreras de caballos, la angustiada alucinación de don Sixto que trata de defender al hijo moribundo de los espíritus que vienen a llevárselo.

Siguiendo la descripción de sus trabajos nos habla luego de la aparta de unos cinco mil animales chúcaros, y nos da un animado cuadro de los cangrejales:

«Se bajó del caballo, a orillas de un cañadón de bordes

(1) *Ibid*, pág. 117.

barrosos y negros, acribillados como a balazos por agujeros de diversos tamaños. De diversos tamaños, también, eran unos cangrejos chatos y patones que se paseaban ladeados, en una actitud compadrona y cómica. Esperó que, cerca, un bicho de esos saliera de la cueva y hábitmente, le partió la cáscara con un golpe del cuchillo. Pataleando todavía, lo tiró a unos pasos sobre el barro. Cien corridos de perfil, rápidos como sombras, convergieron a aquel lugar. Se hizo un remolino de redondelitos negruzcos, de pinzas alzadas. Todos, ridículamente, zapateaban un malambo con seis patas, sobre los restos del compañero. ¡Qué restos! Al ratito se fueron separando y ni marca quedaba del sacrificado. En cambio, ellos, sobreexcitados por su principio de banquete, se atacaban unos a otros, esquivaban las arremetidas que llegaban de atrás, se erguían frente a frente con las manos en alto y las tenazas bien abiertas. Como nosotros estábamos quietos, podíamos ver algunos de muy cerca. Muchos estaban mutilados de una manera terrible. Les faltaban pedazos en la orilla de la cáscara, una pata . . . A uno le había crecido una pinza nueva, ridículamente chica en comparación de la vieja. Lo estaba mirando, cuando lo atropelló otro más grande, sano. Este aferró sus dos manos en el lomo del que pretendía defenderse y, usando de ellas como de una tenaza cuando se arranca un clavo, quebró un trozo de la armadura. Después se llevó el pedazo al medio de la panza, donde al parecer tendría la boca. Dije a mi compañero: Parecen cristianos por lo muy mucho que se quieren» (1).

Pequeños lances de amor no alcanzan a tocar el corazón del muchacho que nada sabe de romanticismos. Más importante es la vida libre del resero; más importante es la pobreza que le obliga a hacerse amansador. Claro está que don Segundo es el técnico que va guiando los pasos del mozo, pero en éste también

(1). *Ibid*, pág. 224.

hay pasta de gaucho. Ante el valor y la pericia del joven el patrón le ruega que se quede en la estancia como domador y alguien le hace presente la generosidad del estanciero. Pero el muchacho no acepta, que para él vale más la compañía de Sombra que todo el dinero del mundo:

«—Vea, Don—contesté sobre el pucho—no es que yo quiera desmerecer a nadie, ni que inore lo que vale una voluntá, pero ¿ve aquel hombre?—dije, señalando a don Segundo que venía del corral, trayendo despacho su chiripá, familiar para mí, su chambergo chicuelo y unos maneadores enrollados. —Güeno, ese hombre también tiene la mano larga . . . y, Dios me perdone, más larga cuando ha sacao el cuchillo . . . , pero igual que su patrón, sabe abrirla muy grande y lo que en ella se puede hallar no son patacones, señor, pero cosas de la vida» (1).

Por fin, un día comunican al muchacho que don Fabio Cáceres, aquel amigo de su niñez, que ahora resulta haber sido su padre, ha muerto, dejándole todas sus propiedades. Ya es hombre rico entonces, y tendrá que abandonar su tropilla y su vida de aventura en el gran teatro de la pampa. Aunque don Segundo promete acompañarle el mozo se subleva ante el pensamiento de su pérdida libertad:

«—Don Segundo, hágame el favor de decirme que ese papelito miente. Yo no soy hijo de nadie y de nadie tengo que recibir consejos, ni plata, ni un nombre tan siquiera» (2).

El gaucho ya formado se rebela y piensa que en vez de convertirse en «manate» hubiera sido mejor «que los caranchos le hicieran picadillo las carnes . . . o entregar la osamente a Dios en

(1). *Ibid*, pág. 308.

(2). *Ibid*, pág. 338

la orilla de una aguada como cualquier animal arisco». Pero don Segundo le sale al encuentro con su sencilla y sólida filosofía de paisano:

«—Mirá—dijo mi padrino, apoyando sonriente su mano en mi hombro. —Si sos gaucho en de veras, no has de mudar, porque andequiera que vayas, irás con tu alma por delante como madrina 'e tropillá» (1).

Una vez establecido en sus propiedades, a la sombra de don Segundo, y bajo la influencia de su amigo Raucha, el mozo empieza a interesarse en libros y cosas literarias; desea instruirse, y a causa de sus lecturas y viajes a Buenos Aires se va transformando en hombre culto. Su existencia rústica domina sin embargo el panorama de su vida. Después de algún tiempo don Segundo se cansa de su estada en la casa de su amigo y decide marcharse, continuar su camino errante a través de la pampa. Asistimos a la intensa emoción de la despedida. Los dos hombres —padre e hijo en el afecto de la ruda existencia en común—se dicen adiós. Tristeza era cobardía dice el muchacho, y «bajo el tacto de su mano ruda recibí un mandato de silencio». Se aleja don Segundo Sombra, acaso para siempre:

«Por el camino, que fingía un arroyo de tierra, caballo y jinete repecharon la loma, difundidos en el cardal. Un momento la silueta doble se perfiló nítida sobre el cielo, sesgado por un verdoso rayo de atardecer. Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre. Y bruscamente desapareció, quedando mi separación separada de su motivo» (2).

El muchacho, gaucho en toda la extensión de la palabra,

(1). *Ibid*, pág. 345.

(2). Ramón Doll, *Segundo Sombra y el gaucho que ve el hijo del potrón*, «Nosotros», año XXI, tomo LVIII, 1927, págs. 270 zs.

recoge su desesperación en el puño de su voluntad, y se vuelve al hogar, muerto para su pasado, vivo para una existencia nueva en la cual coloca sobre las experiencias del hombre fuerte de los campos la visión del hombre creador que vive de realismos mentales. Se vuelve al hogar, «como quien se desangra», pero de esa muerte del guachito creado por don Segundo Sombra salió este otro don Segundo creado por Ricardo Güiraldes.

Estoy de acuerdo con Ramón Doll en la apreciación histórica de *Don Segundo Sombra*:

«No es Sombra el tipo medio del gaucho, sino un personaje en que las cualidades del gaucho han sido exaltadas, para ejemplo del protagonista, que, antes de recibir una herencia, ha tenido la suerte de hacerse hombre, con tan admirable maestro» (1).

Empieza Güiraldes por no determinar la época en que actúa don Segundo Sombra, cosa explicable si nos atenemos a sus palabras definidoras: «Me pareció haber visto un fantasma, una sombra, algo que pasa y es más una idea que un ser». En vista de lo cual nos parece superfluo añadir que don Segundo no pertenece ni a la época de Martín Fierro ni a los días actuales.

También aceptamos las palabras del crítico argentino (2), en cuanto se refieren a las características exclusivamente artísticas de este carácter:

«Don Segundo resulta un tipo completamente literario; un gaucho que no ha existido y que ni siquiera es como el gaucho real hubiera querido ser; un gaucho, en fin, que es como cree o quiere creer que fué el gaucho, una cierta y característica clase social argentina: el hombre de las ciudades que tiene estancia,

(1). *Ibid*, pág. 362.

ese «pueblero» apaisanado en el campo y con una reserva de paisano cuando está en la ciudad, reserva en la cual se refugia cuando tiene que avergonzarse de la cultura.»

Pero no creemos que el propósito de Güiraldes haya sido darnos un tipo de gaucho fotográficamente real ya que su buen sentido artístico se lo impedía. Tomando la definición de realismo al pie de la letra resultaría que tampoco son gauchos reales Martín Fierro, Santo Vega, Juan Moreira, Pastor Luna, etc. y solo uno que otro personaje de Benito Lynch saldría triunfante de un análisis metódico. Está demás agregar que con este criterio se podría negar el realismo del 99 por ciento de las obras literarias de todos los tiempos, ya que hasta en el realismo de Balzac, Galdós, Blasco Ibáñez, o en el naturalismo de Zola, de la Pardo Bazán, y de Baroja, hay una gran distancia entre el concepto literario de realismo y la realidad tangible.

El propósito de Güiraldes fué hacer una especie de romance de gauchería, una síntesis de cualidades admirables, para darnos su concepción del gaucho ideal. El comprendió antes que nadie la falta de realismo de su personaje y por eso le llamó Sombra y nos dijo más de una vez que más parecía abstracción que ser vivo. Desde este punto de vista, Güiraldes ha cumplido muy bien su cometido logrando elevarse a ese realismo ideal que salva a la novela de ser escueta y fría descripción de acontecimientos y costumbres, y que la libra de caer en la absurda mediocridad del pastiche literario, falseando la psicología con falsos romanticismos y actitudes de melodrama. Porque aunque el lector esté seguro de que don Segundo jamás ha existido en cuerpo mortal, el carácter trazado por Güiraldes adquiere tal consistencia y verdad que a través de las muchas páginas del libro no sufre contradicciones ni caídas. En este punto convendría citar las justicieras palabras de Lugones: «No es verdad que saber mucho las cosas induzca al arte. Pinta bien el campo, no porque lo conozca, sino porque es artista. Cuántos habíamos conocido antes, con

igual perfección, sin pintarlo nunca» (1). Lo mismo podría decirse acerca de sus tipos, los pinta bien porque es artista, no porque él mismo haya sido gaucho o porque posea a fondo su psicología.

Que Güiraldes sabe observar y describir lo demuestran los acertados retratos de los personajes menores, descritos dentro de una realidad no ficticia. Roberto Giusti ya había notado esta particularidad:

«Esa creación (Don Segundo) es un hallazgo y el mayor acierto del autor. Aunque gaucho inculto y rudo, Don Segundo es una creación poética, la única del libro, en el cual todos los tipos están recortados sobre la realidad prosaica. Don Segundo Sombra no es un hombre por más que le veamos de carne y hueso; es un mito» (2).

Güiraldes no ha tratado de engañarnos en *Don Segundo Sombra*; la desmedida altura moral de su héroe no se debe a falta de interpretación sino al deseo muy justificado de ennoblecer a un personaje histórico nacional muchas veces caricaturizado en la pantomima del circo, en los novelones de Eduardo Gutiérrez y en alguno de esos poemas gauchescos tan desmedidamente celebrado por la crítica argentina. El estilo del libro, lleno de metáforas, imágenes, términos literarios, está explicando bien claro al lector de buena voluntad cuál fué el propósito inicial de este escritor. Por lo demás, ha logrado inventar un alma interesante, un alma que nos atrae y nos subyuga con su sencilla grandeza, y que nosotros colocamos en medio de ese escenario mitológico de la pampa argentina, que en su realidad no es ni ha sido

(1). Leopoldo Lugones *Don Segundo Sombra*, «Atenea», Chile, Abril de 1933, págs. 319 y ss.

(2). Roberto Giusti, *Dos novelas del campo argentino*, «Nosotros», año XX, Tomo LIV, págs. 125 y ss. }

nunca, la de Sarmiento, Echeverría, Hernández, del Campo, Ascasubi, Gutiérrez. Y el hecho de que Güiraldes partiera conscientemente a la humanización de una idea da a su libro mucho más valor que el que tienen esos otros, productos de miopía intelectual, que nos dan esos novelistas argentinos que creen que la pampa es tema obligado y fértil.

En su dedicatoria de *Don Segundo* a sus amigos domadores y reseros Güiraldes dice: «Al gaucho que llevo en mí, sacramento, como la custodia lleva la hostia». He aquí entonces en unas cuantas palabras definida su idiosincrasia: gaucho en el fondo emocional afectivo pero hombre de cultura, artista y gran señor. Aunque nació en Buenos Aires (1). vivió muchos años en la estancia La Porteña, propiedad sita en el pueblo de San Antonio de Areco. Pertenece «a una familia fuertemente enraizada en la aristocracia agraria argentina y con marcadas ascendencias vascas, españolas y quizá árabes» (2). Conocía entonces la vida gauchesca moderna y la amaba entrañablemente. A los veinticuatro años de su edad, y después de un viaje por el Oriente y por Europa, hizo esta confesión a un amigo:

«—Mirá ché, ha sido en París donde comprendí, una noche en que me vi solito mi alma, que uno debe ser un árbol de la tierra en que nació. Espinillo arisco o tala pobre. Acababa de dar una vuelta completa al mundo, y esa noche de nieve me corrió por lo despiadada, y lo era más que la escarcha nuestra, porque era nieve extranjera. Me sentí huérfano, guacho y ajeno a mi voz, a mi sombra y a mi raza. Lié mis petates, y ¡hasta la vista!, le dije, ché. Cuando bajé del barco, tomé un pingo y me entré, como cuando era cachorro, hasta el corazón de la pampa».

A veces pasaba largas temporadas, años enteros, en la ha-

(1). El 13 de febrero de 1886.

(2). Alfonso Barros (Pseudónimo del Padre chileno Alfonso Escudero), «La Nación» de Buenos Aires, 1931.

cienda y uno de sus mejores retratos nos guarda su noble figura en la indumentaria típica del gaucha. Y cuando estaba en lejana tierra francesa en su lecho de muerte, dijo a su mujer: «—Mirá, gordita: si muero no me enterrés aquí; lleváme a San Antonio de Areco».

A pesar de que viajó extensamente y de que algunos de sus mejores amigos eran escritores franceses de vanguardia, supo mantener siempre vivo el sentimiento de la tierra argentina. Conocía también la literatura gauchesca y en su famosa novela hay reminiscencias de personajes literarios tradicionales y de formas de dicción que sólo pudo encontrar en las páginas de los poemas de este ciclo popular. Güiraldes estaba entonces preparado para emprender, de acuerdo con sus propios principios literarios, la reconstrucción de un carácter idealmente nacional, que simbolizara esa argentinidad rural en que él creía, y que, aunque está estudiado, como apunta Doll, desde el punto de vista del patrón, queda como una admirable síntesis de propiedades morales que dignifican la existencia.

Desde sus principios literarios Güiraldes se reveló como un espíritu de avanzada. Sus dos primeros libros, *Cuentos de muerte y de sangre* y el *Cencerro de cristal*, (1915), le incorporan, en especial el último que es de versos, a un postmodernismo que tiende ya a lo que mucho más tarde se llamó vanguardia. Después cultivó amistad con los escritores más destacados de Buenos Aires y de París y en cierto modo puede considerársele como jefe de escuela. De la mezcla de este radicalismo estético con el afán francamente nacionalista de sus concepciones y motivos, sale la extraña dualidad de *Don Segundo Sombra*.

Que no es una novela según el patrón oficial, según el concepto que de ella tuvieron Dickens, Hugo, Balzac, Galdós, Pereda, la Pardo Bazán, porque Güiraldes no posee talento de novelador según se entendía esta palabra en el siglo pasado, aunque también sea verdad lo que ha dicho Ortega, que no basta con tener talento de novelista para crear una buena novela.

Aquí nos encontramos con un escritor que sin tener talento de novelista ha creado una obra interesantísima, una novela que peca por la pobreza de su intriga de tal modo que casi no es novela y que se salva por «la exquisita calidad de los demás ingredientes necesarios para integrar un cuerpo de novela».

Sin poseer la elaborada y compleja arquitectura del tipo corriente de novela europea del siglo pasado, *Don Segundo Sombra* señala el retorno a las normas puramente españolas y tiene estrecha semejanza con el *Lazarillo de Tormes* y con *Don Quijote*. En las tres obras hallamos que los caracteres tienen más importancia que las aventuras. En efecto, cambiando completamente el panorama de acción de don Quijote, Sancho, Lázaro, don Segundo Sombra, éstos seguirían siendo lo que fueron, lo cual no se podría afirmar de una novela de aventuras. Los caracteres han sido logrados independientemente de la trama de la obra, con una existencia propia que se va desarrollando en forma exterior a través de las aventuras. La arquitectura de *Don Segundo Sombra* es tan sencilla que parece una revelación de episodios biográficos y autobiográficos. Así como en *Don Quijote* la personalidad de Sancho va complementando por contraste la de su señor, en la novela de Güiraldes la personalidad del muchacho complementa por simpatía discipular la de don Segundo. En el *Lazarillo*, en el *Quijote* y en *Don Segundo Sombra* falta el nexo de la intriga sostenida y sistemática y las aventuras independientes entre sí constituyen lo que yo considero, no sé si arbitrariamente, la norma clásica de la novela de tipo español. Aunque el lector olvidara completamente las acciones de Lázaro, don Quijote, Sancho, don Segundo, quedaría saturado de la presencia de estos caracteres cuya superabundancia de vida determina el valor de esas novelas.

Y no termina aquí la semejanza. Don Segundo es una especie de caballero andante. Como a don Quijote, le solicitan todos los caminos; el reposo sería para él la muerte. Uno por los caminos de Castilla, el otro por las huellas de la pampa, ambos con-

fiados en la fuerza de su brazo, llevan el don en sus acciones. Caballero del ideal es don Segundo; de un ideal de hombría sencilla, nobleza y libertad; hombre completo que se posee plenamente y que en cada lance imprevisto sabe desempeñarse como tal. Más de alguna vez, al desarrollar el carácter de su héroe debió pensar Güiraldes en el hidalgo manchego y más de una vez al relatar una diablura del muchacho debió acordarse de las bellaquerías de Lázaro o de Sancho. Los dos héroes llevan caballo y escudero y ambos van armados de armas blancas.

La crítica hispanoamericana considera a *Don Segundo Sombra* como una gran novela. Yo creo que para serlo le falta elaboración formal y fijeza de expresión. Por otra parte, el héroe carece de intensidad pasional, de profundidad psicológica, de universalidad. El escenario de la pampa está limitado a una topografía plana, a un paisaje monótono, a un horizonte estrecho y naturalmente que esta pobreza influye en la formación y actuación de los tipos regionales. Cierta carencia de imaginación de don Segundo—¿o diré mejor de Güiraldes?—debe atribuirse primordialmente a la falta de amplitud del ambiente. El realismo con que ha observado al héroe, aunque un tanto idealizado por el afecto y estéticamente estilizado, le resta posibilidades a su creación.

Yo consideraría a *Don Segundo Sombra* como la epopeya simbólica de la pampa; es decir, la pampa es don Segundo Sombra. Don Segundo posee magistralmente el arte del amansador y del resero; arte viril y noble. Asistimos en los trabajos del muchacho, parte integrante de don Segundo, a la formación del espíritu gauchesco. En su realismo interno e interpretativo el autor no agranda la realidad en la descripción misma sino en la filosofía de la acción, en las proyecciones morales que adquiere la existencia pampera. Claro está que la pampa real no es tan grande ni tan terrible en su atracción o en sus peligros, para producir un tipo de la altura del que nos ocupa y para Ramón Doll en vez de ser escuela de energía lo es sólo de indolencia.

«Cubierta de varios metros de tierra vegetal, con agua en abundancia, con un clima que en el rigor del invierno no baja de cinco grados y en plena canícula no pasa de treinta grados; donde no nieva nunca, ni las tormentas ni los vientos, ni las lluvias, (salvo raras excepciones), adquieren carácter violento —la pampa no era el cuadro destinado a producir ese personaje de estructura tan recia, esa alma tan templada y habituada a todos los rigores que es don Segundo Sombra» (1).

Asiste a Doll una razón parcial, porque, si bien es cierto que toda la grandeza moral de don Segundo no proviene de la pampa no lo es menos que los duros ejercicios del amansador, los peligros innegables del resero, las largas caminatas bajo el sol, a veces bajo la lluvia, las peleas en las pulperías, la absoluta falta de comodidades, son elementos que no predisponen a la molicie. Escuela de indolencia puede ser la pampa para muchos, como lo es el ejército, la guerra misma pero ya otros autores habían estudiado este tipo de gaucho haragán y Güiraldes quiso mostrarnos el reverso de la medalla. Si el gaucho vivió alguna vez vida muelle como afirma Doll, don Segundo simplemente pertenece a otro período y el afirmar, como hace el crítico argentino, que «Martín Fierro vivió tranquilamente a la orilla de una laguna, sin más trabajo que cazar» es incurrir en el mismo error que él achaca a Güiraldes, es decir, aprovecharse de una figura literaria para demostrar una verdad histórica. Por lo demás, hablar de la tranquilidad de Martín Fierro es olvidarse completamente del poema de Hernández.

Don Segundo es un tipo muy especial de gaucho que se nos presenta investido de una gran dignidad. Estamos de acuerdo con Doll en que no ha existido sino en la mente del autor, lo cual debe alegrarnos antes que afligirnos. Güiraldes ha sentido la realidad interna de su héroe y la ha expresado en una forma

(1). *Artículo citado.*

original, es decir, hace que don Segundo tenga vida propia. Se podrá argüir que don Segundo tiene más de filósofo estoico, más de poeta que de gaucho, pero como Güiraldes ha elevado todos los planos, logra mantener un ritmo natural en toda su novela. Don Segundo es todo un hombre, señor de su voluntad, experto en su profesión, dueño de sí mismo ante cualquier eventualidad y por lo tanto, sereno y valiente. En sus faenas de baquiano y resero ha recorrido toda la pampa y eternamente le devorará la inquietud de la marcha. Aunque sabe tocar la guitarra está muy lejos de ser gaucho payador y enamorado, antes por el contrario, la mujer no ha ejercido jamás influencias en su vida. Toda la figura de don Segundo está envuelta en un sencillo misterio; su impenetrabilidad a veces desespera al muchacho. De su historia no sabemos nada sino que tenía ciertas cuentas pendientes con la policía y cuando se pierde al fin de la novela no sabemos a donde dirige sus pasos. A causa de su fuerte individualismo y de lo solitario de su vida desarrolla un carácter anárquico que no se aviene con los usos y costumbres de la sociedad ciudadana. Su concepto de libertad integral engendra su nobleza; es bueno con los débiles y serenamente altanero con los grandes y nunca se queda mucho en un lugar porque pronto le dan deseos de dirigirlo todo. Su libérrima actitud no le hace olvidar el sentido común ni las conveniencias de los otros y cuando el muchacho hereda las propiedades de su padre le aconseja que deje su existencia de resero y se haga cargo de sus tierras, aunque bien sabe que esto significa la pérdida del ser a quien considera como a un hijo.

Hombre de pocas palabras, don Segundo se expresa con un maravilloso don de síntesis. Cuando un pependenciero trata de asesinarlo y rompe su facón entre los ladrillos del muro, don Segundo se agacha, recoge los pedazos de acero y se los pasa a su enemigo, diciéndole con graciosa ironía:

«Tome amigo y hágala componer, que así tal vez no le sirva ni pa carniar borregos».

Y al alejarse deja caer en los oídos pasmados del muchacho este simple comentario, refiriéndose al matón:

«Parece medio pavote ¿no?»

En otra coyuntura cuando el muchacho teme que su patrón no le dé permiso para seguir a los reseros, don Segundo le dice:

«Cuando yo tenía tu edá, le hacía el gusto al cuerpo sin pedir licencia a naides».

Al terminar un viaje penosísimo el joven aprendiz se deja caer como muerto sobre sus pilchas y oye como en sueños la voz de don Segundo que exclama: «Hácete duro, muchacho». Al fin del libro el muchacho ha aprendido ya su lección de silencio y fortaleza. Cuando don Segundo va a partir le acompaña como una legua por el callejón, sin decir palabra y luego «bajo el tacto de su mano ruda recibe un mandato de silencio».

El carácter de don Segundo ha recibido toda la atención del novelista y es el único personaje poético del libro.

Su poesía proviene de su entereza moral pero además posee, como acabo de apuntar, el arte de la guitarra y la virtud del contador de cuentos. Su fama de narrador daba nuevos prestigios a su ya admirada figura. Sus cualidades épicas y líricas están contenidas en una frase con que el muchacho quiere definirlo:

«—¡Qué caudillo de montonera hubiera sido!»

El muchacho se va revelando solo en el relato. Al principio, en su niñez de huérfano, de gaucho, como dicen allá, le conocemos vagando por las calles del pueblo pero cuando conoce a don Segundo empieza su cultura de hombre de pampa bajo el ejemplo de tan noble maestro. Su carácter levantisco y zumbón

se va dignificando a través de la historia; su estatura moral va creciendo hasta que al fin casi alcanza a la de don Segundo. El sistema de educación que sigue el joven es esencialmente español; cada uno es hijo de sus obras dijo don Quijote y nunca el dicho alcanzó más verdad que en este caso. Don Segundo, hijo de sus obras, educa al muchacho con el ejemplo, sin teorías ni palabras. Le educa ante todo en el difícil arte de ser hombre, de poseerse; le da la educación sencilla e integral de los hombres de campo.

Los caracteres secundarios están como esfumados, recurso técnico que permite a Güiraldes destacar la figura central indeleblemente. Esto no quiere decir que su observación de estos tipos sea deficiente. No. Todos ellos están bien descritos, en sus rasgos individuales, pero actúan en sus justos límites, con cierto equilibrio y cierto ritmo que evidencian la capacidad de distribución de este novelista. Del relato se podría sacar una galería de tipos de muchísimo interés, de gran originalidad, que ilustran, fielmente y sin exageración, la vida de la pampa argentina.

Nada explica mejor el estilo de este libro que las palabras de Alvaro Melián Lafinur en la inauguración del monumento a la memoria de Güiraldes, pronunciadas el 12 de octubre de 1929, en San Antonio de Areco:

«En *Don Segundo Sombra* Güiraldes realizaría la fórmula que alguna vez preconizó como ideal artístico: la conciliación de la cultura asimilada fuera con el tema esencialmente nacional. Su libro de asunto netamente criollo, muestra, en efecto, una técnica peculiar, que no es por cierto la de otros autores gauchescos; que da a la composición y al estilo un vigor y una concentración extraordinarios que viene a ser, en parte, la consecuencia de la familiaridad del autor con las nuevas formas, más sintéticas y agudas, de la literatura europea. Eso ha enriquecido sus recursos de artista nato, permitiéndole tratar un asunto tan fundamentalmente nuestro, de una manera original y poderosa, y des-

de este punto de vista su obra constituye una lección, tanto para los que desprecian los temas nativos como para aquéllos que los cultivan creyéndose dispensados del conocimiento de los buenos modelos extraños y de una seria disciplina literaria» (1).

Güiraldes conocía bastante bien la literatura francesa moderna desde Proust hasta Romain Rolland y en sus primeros versos publicados en 1915 se reveló poeta de avanzada. Se esperaría por lo tanto un estilo cuajado de metáforas, de caprichos verbales, de conceptismo, de complejidades de toda clase, pero no es así. Metáforas hay en *Don Segundo* pero que no bastan a dar a su novela ese fastidioso aspecto de acertijo que presentan tantas obras contemporáneas. Claro está que se nota la amplia cultura del escritor y que la obra cristalizada en dos formas distintas, estilo culto y personajes primitivos. Su rara pericia de artista permite a Güiraldes un cierto equilibrio de elementos, empero y así don Segundo puede hablar en pintoresco idioma gauchesco y usar figuras de retórica de gran refinamiento y originalidad. La retórica de esta novela es desvertebrada, fragmentada, repentista. Se ha criticado a Güiraldes que a veces su estilo sea demasiado literario y hay motivos para ello; lo extraordinario es que a pesar de este elemento culto el lector no note la distancia que hay entre la forma y el tema, en forma más enfática. Roberto Giusti, a raíz de notar que hay en el libro «expresiones vacilantes, vagas, impropias, o inútilmente presuntuosas», condena ciertas imágenes falsamente rústicas, como ésta: «El sueño cayó sobre mí, como una parva sobre un chingolo», lo que indica que hay que penetrar hasta el detalle para darse cuenta exacta de la dualidad de la novela. El diálogo constante da a esta obra su movimiento y su viveza especiales y sólo de vez en cuando aparece en la sentencia el cabrilleo de las metáforas.

(1). A. M. L. *Discurso en memoria de R. G. Repertorio americano*, San José de Costa Rica, sábado 30 de noviembre de 1929.

En resumen, en *Don Segundo Sombra* Güiraldes ha tratado de hacer una novela de interpretación psicológica ideal con elementos puramente literarios. La perspectiva sociológica o política de la vida gauchesca no le interesa. Ha logrado fundir en su relato las formas de una estética nueva con la expresión pobre y ruda del habitante de la pampa gracias a su intuición maravillosa de hombre y de artista. *Don Segundo Sombra* quedará como un documento de la sensibilidad de estos tiempos, de nuestra inquietud y de nuestro espíritu aventurero; y al dignificar la literatura nacional argentina, marca la trayectoria luminosa de una flecha lanzada hacia los horizontes del futuro.